



LA PALMA
—
CAMINO
ESPIRITUAL

1-2

BX2174

.L7

P3

v.1

c.1

008665



1080020960

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

19-1-13

A mi querido hermano
Salustio.

S. Villaverde

CAMINO ESPIRITUAL.

TOMO I.

LIBRARY
MAY 1913

CAMINO ESPIRITUAL

DE LA MANERA QUE LO ENSEÑA
EL BIENAVENTURADO PADRE SAN IGNACIO

EN SU LIBRO DE LOS EJERCICIOS;

POR

EL PADRE LUIS DE LA PALMA,

provincial de la Compañía de Jesús,

EN LA PROVINCIA DE TOLEDO Y NATURAL DE LA
MISMA CIUDAD.

PARTE PRIMERA.

CON LICENCIA.

TOMO I.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA V. É H. DE J. SUBIRANA,
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, 16.
1887.

45274

LIBRERIA
VALVERDE Y TELLEZ

BX 2174

47

P3

V.1



FONDO EDITORIAL
VALVERDE Y TELLEZ

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Págs.
Vida del P. Luis de La Palma.	IX
PRÓLOGO.. . . .	I
PRÓLOGO AL LECTOR.. . . .	13

LIBRO PRIMERO.

DEL AUTOR Y DEL INTENTO Y DISPOSICION DEL LIBRO DE LOS EJERCICIOS.

CAPÍTULO PRIMERO.—De la excelencia de este libro, y de su Autor.	15
CAPÍTULO II.—De lo mucho que nuestro santo Padre fué ayudado de Nuestro Señor para escribir este libro.	19
CAPÍTULO III.—De otras ayudas que tuvo nuestro santo Padre para escribir este libro.. . . .	27
CAPÍTULO IV.—Conclusion de todo lo dicho.	31
CAPÍTULO V.—Que el ejercicio de la perfeccion es significado por este nombre de camino.	34
CAPÍTULO VI.—De tres partes que tiene el camino espiritual.. . . .	42
CAPÍTULO VII.—De tres diferentes grados ó estados de personas que andan por el camino de la perfeccion.	46
CAPÍTULO VIII.—De las tres vias purgativa, iluminativa, y unitiva.	50
CAPÍTULO IX.—De algunos documentos de importancia, que se sacan de la doctrina que está declarada.	53
CAPÍTULO X.—De otros documentos que se siguen de la misma doctrina.	57
CAPÍTULO XI.—Qué cosa es ejercicio espiritual; y qué se entiende por este nombre.	61
CAPÍTULO XII.—En que se declara con qué pasos se hace el ejercicio espiritual.	67

003565

	Págs.
CAPÍTULO XIII.—Que se deben señalar algunos pasos ó grados de perfeccion, ciertos y determinados en cada una de las tres vías.	72
CAPÍTULO XIV.—De la division de nuestros ejercicios en las cuatro semanas.	75
CAPÍTULO XV.—De los cinco grados de la primera semana.	82
CAPÍTULO XVI.—Del primer grado de los incipientes, que es el conocimiento y deseo de su último fin.	85
CAPÍTULO XVII.—Del segundo grado de los incipientes, que es el dolor de los pecados pasados.	89
CAPÍTULO XVIII.—De otros dos motivos que hay para dolerse de los pecados.	94
CAPÍTULO XIX.—Del orden con que el penitente suele subir á la perfecta contricion, y de un impedimento que hay para ello.	101
CAPÍTULO XX.—Del modo con que nuestro santo Padre guía á los incipientes para alcanzar la perfecta contricion.	107
CAPÍTULO XXI.—De dos afectos que se han de sacar de la consideracion de los pecados.	111
CAPÍTULO XXII.—Del tercer grado de los incipientes, que es el propósito de la enmienda.	116
CAPÍTULO XXIII.—Del cuarto grado de los incipientes, que es huir de las ocasiones.	122
CAPÍTULO XXIV.—Del quinto grado de los incipientes, que es el temor de Dios.	128
CAPÍTULO XXV.—Conclusion de lo dicho en los capítulos pasados.	133
CAPÍTULO XXVI.—De las virtudes que se han de ejercitar en la primera semana y via purgativa.	136
CAPÍTULO XXVII.—Que los incipientes, que están en la via purgativa, se deben ejercitar en la guarda de la soledad.	141
CAPÍTULO XXVIII.—Que la soledad ayuda tambien á los proficientes y á los perfectos.	147
CAPÍTULO XXIX.—Que desde el principio de la conversion se debe poner mucho cuidado en la guarda del silencio.	152
CAPÍTULO XXX.—Que el silencio ayuda al ejercicio de las virtudes, y á la union con Dios.	156
CAPÍTULO XXXI.—Que los que tratan de aprovechar á sus prójimos deben guardar la soledad y el silencio á sus tiempos.	161
CAPÍTULO XXXII.—Prosigue el mismo intento, y que á los que tratan del ministerio de la palabra, es muy necesaria la guarda del silencio.	171

LIBRO SEGUNDO.

DE LA VÍA ILUMINATIVA.

	Págs.
PRÓLOGO.	181
CAPÍTULO PRIMERO.—De las dificultades de la via iluminativa, y primero de las tentaciones que en ella se ofrecen.	182
CAPÍTULO II.—Que las tentaciones de los proficientes se reducen á dos cabezas.	190
CAPÍTULO III.—De las dificultades de los proficientes por parte del ejercicio de las virtudes, y de los medios con que se vencen.	196
CAPÍTULO IV.—De la muchedumbre de las virtudes, y primero de las virtudes teologales.	201
CAPÍTULO V.—De la muchedumbre de las virtudes morales.	207
CAPÍTULO VI.—Que todas las virtudes son necesarias para la perfeccion, y de la dificultad que resulta de aquí á los proficientes.	213
CAPÍTULO VII.—Que el primer paso de la via iluminativa, es el propósito de imitar á Cristo nuestro Señor, y cumplir sus inspiraciones.	218
CAPÍTULO VIII.—Que con el ejercicio sobredicho se vence la primera dificultad de la muchedumbre de las virtudes.	227
CAPÍTULO IX.—Que la via iluminativa no es otra cosa que el camino de la paciencia y de la imitacion de la cruz.	235
CAPÍTULO X.—Del segundo grado de la via iluminativa, que es la pobreza de espíritu y humildad de corazon.	241
CAPÍTULO XI.—De los ejercicios con que se alcanza este propósito, y de la meditacion de los tres binarios.	247
CAPÍTULO XII.—De la segunda dificultad de los proficientes, que es saber distinguir las verdaderas virtudes de las fingidas y aparentes.	253
CAPÍTULO XIII.—De otras dos maneras en que las virtudes son aparentes y no verdaderas.	257
CAPÍTULO XIV.—Que unas virtudes hay sólidas, y otras que no lo son y del remedio para que lo sean.	263

	Págs.
CAPÍTULO XV.—Del tercer grado de la via iluminativa, que es la pobreza y humildad con el efecto.	268
CAPÍTULO XVI.—Que no solamente es necesaria la pobreza actual sino tambien la humildad actual con experiencia de desprecios é injurias.	276
CAPÍTULO XVII.—Que se debe despreciar la honra del mundo y estimarse la honra que viene de solo Dios.	280
CAPÍTULO XVIII.—Que los humildes desean su desprecio y no ser conocidos ni estimados de los hombres.	288
CAPÍTULO XIX.—Que puede uno buscar su honra y defenderla, cuando esto cede en mayor honra y gloria divina.	292
CAPÍTULO XX.—De los casos en que hemos de abrazar la humildad actual.	297
CAPÍTULO XXI.—Que para llevar bien cualquiera humillacion, ayuda mucho el propio conocimiento.	305
CAPÍTULO XXII.—De otros ejercicios de humildad en las palabras y en las obras.	314
§ Conclusion de todo lo dicho.	321
CAPÍTULO XXIII.—Que este ejercicio de humildad es particularmente necesario á los ministros del Evangelio.	323
CAPÍTULO XXIV.—De la tercera dificultad de los proficientes, y que el ejercicio de las virtudes ha de empezar por la pobreza y por la humildad.	329
CAPÍTULO XXV.—Prosiguese el mismo intento, y decláranse los tres grados de humildad.	338
CAPÍTULO XXVI.—De otras razones porque el ejercicio de las virtudes se ha de empezar por la humildad.	343
CAPÍTULO XXVII.—Conclusion de lo dicho en los capítulos pasados.	348
CAPÍTULO XXVIII.—De la cuarta dificultad de la via iluminativa, que es haber de caminar con consolaciones y sin ellas.	353
CAPÍTULO XXIX.—En que se declara más la doctrina del capítulo pasado.	361
CAPÍTULO XXX.—Del cuarto propósito de la via iluminativa y qué sea la buena elección.	366
CAPÍTULO XXXI.—Del quinto propósito de la via iluminativa, que es la firmeza en lo determinado.	373
CAPÍTULO XXXII.—Conclusion de lo dicho acerca de la via iluminativa.	378

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.



VIDA

DEL

P. LUIS DE LA PALMA.

NACIÓ el P. Luis de la Palma en Toledo el año de 1560, de padres nobles y ricos de los bienes de fortuna, y mucho más de los espirituales. Fueron ambos de singular virtud, y ejemplo de santos casados en aquella ciudad. Su padre se llamó Gonzalo de la Palma y su madre Marina Hurtado; vivian en suma paz y conformidad, ejercitándose en todo género de virtudes, en mucha oracion y frecuencia de Sacramentos, repartiendo con liberalísima mano las riquezas, que Dios les habia dado, á los pobres mendigos y vergonzantes y á las pobres viudas y hospitales. Fué tan extremado su padre en esta virtud, que en la hora de la muerte tuvo escrúpulo de lo mucho que habia dado de limosna, quitándolo á sus hijos y les pidió perdon de ello: y su madre habiendo vivido cerca de noventa años en Toledo, guardó tan raro recogimiento, y tuvo su alma tan ocupada con Dios, que nunca salió de las puertas de la ciudad, ni vió el campo, ni el rio, ni espectáculos ni fiestas, ni supo más que dos calles, que fueron las que iban de su casa á la iglesia Catedral y á la de la Compañía. El cuidado que tuvieron con sus almas, tuvieron con las de sus hijos, criándolos en el santo temor de Dios y en todo gé-

nero de virtudes, como se vió en el P. Luis, y en los otros cuatro hijos, que por lo menos tuvieron, y todos entraron en la Compañía.

Siendo Luis de solos trece años, pidió ser recibido en ella: mas como la edad era tan poca, no se resolvieron los Superiores á redibirle sin dar primero cuenta á sus padres. Respondió D. Gonzalo, que holgaba mucho de ver á su hijo inclinado á la Compañía y que desde luego le daba su bendicion y grata licencia para entrar en ella; pero que juzgaba seria más acertada y constante su vocacion, si se detuviese la ejecucion hasta el tiempo que pide el Concilio de Trento para poder profesar en acabando el noviciado, y que hasta entonces le tendría en depósito en su casa, como si estuviera en el noviciado de la Compañía. Vinieron con gusto los Superiores en lo que propuso el padre de Luis. Luego que éste cumplió los quince años de edad, su propio padre le trajo, restituyendo el depósito que le habian entregado los Superiores. Recibióle el P. Antonio Cordeses, que era á la sazón Provincial de Toledo, y luego le envió al noviciado de Alcalá y de allí al de Navalcarnero, en donde no es fácil declarar los progresos que hizo en el camino de la perfeccion, porque de suyo era inclinado á la virtud, y traía muchos y muy firmes fundamentos que habia echado en la casa de sus padres.

Acabado su noviciado vino al Colegio de Alcalá, en donde dió muestras del grande caudal de ingenio, de que Dios le habia dotado, así en la filosofía, como en la teología, saliendo en ambas facultades aventajadísimo, y con tal opinion entre los discípulos y maestros, que hecho su acto, le señalaron para leer un curso de filosofía, y acabado éste, el de teología, en Murcia. Su corta salud no le dió lugar á consumirlos, porque le visitó Dios continuamente con dolores y enfermedades, tanto que Luis entendió no poder llegar á ordenarse: ejercitábale el Señor en paciencia y confianza, para que aprendiese con su propia experiencia lo que habia de enseñar á otros.

Resolvieron, pues, los Superiores que dejase la cátedra y diese treguas al estudio. Y porque tan aventajado caudal no estuviese ocioso del todo, le señalaron por predicador del Colegio de Madrid. Aquí hizo alarde, lo uno de su grande paciencia y conformidad con la voluntad de Dios en sus muchas y continuas enfermedades; y lo otro, de la elocuencia natural de que le dotó el cielo, que á juicio de los que le oyeron y trataron, mereció ser comparado con Tulio y con los más aventajados oradores de su tiempo por la fuerza del persuadir, por la propiedad del hablar, por la elocuencia de las palabras, por la viveza de sus razones, y por el artificio retórico con que usaba de ellas. Era seguido y estimado de los mayores hombres que en aquellos tiempos tenia la córte de España; y siendo el predicador mozo de solos treinta y tres años y ellos encanecidos en los estudios y de larga experiencia, aprendian de sus consejos como discípulos, y salian de sus sermones compungidos y humillados. Llegó su fama á los oidos del Rey D. Felipe II, el cual mandó que le viniese á predicar á su capilla; y aunque no se pagaba de poco, admiró en el jóven predicador su mucha prudencia, su espíritu y su elocuencia. Deseó oírle más veces; pero la corta salud del Padre no dió lugar á ello.

Vióse de nuevo acometido de sus enfermedades, y reconociendo los Superiores el caudal de espíritu, de ciencia y de prudencia que Dios le habia dado para el gobierno, le hicieron rector del Colegio de Talavera. Entre otras virtudes que aquí ejercitó, una fué haber sido ejemplo de observancia y una regla viva á todos los que le miraban. Era sobremanera blando y afable, modesto y religiosamente grave: sus palabras eran discretas y de cosas espirituales: en el trato de las cosas temporales se inclinaba siempre á la liberalidad, deseando antes ser reprendido de largo que de estrecho en el trato de sus súbditos, los cuales jamás oyeron de su boca palabra aceda ó menos ajustada.

Acabado el rectorado de Talavera, volvió al Colegio de

Madrid á continuar el oficio de predicador. No fué su crédito inferior esta segunda vez, que habia sido la primera; era buscado de los Señores de la córte, y consultado en materias gravísimas y delicadas. En este tiempo comunicó íntimamente al P. Pedro de Rivadeneira, secretario que fué de san Ignacio y muchos años Asistente de la Compañía, y de él supo muchas cosas tocantes al gobierno de la Religion y dictámenes espirituales de san Ignacio, y se visitó de su espíritu de manera, que muchos de los que le trataban afirmaron que en oírle les parecia oír á san Ignacio cuando estaba vivo. Y el mismo P. Rivadeneira se pagó tanto del espíritu y prudencia del P. La Palma, que se le oyó decir varias veces: «Si me preguntáreis una vez quién es dignísimo de ser General de toda la Compañía, responderé que el P. Luis de la Palma; y si me preguntáreis segunda, responderé que Palma; y si tercera, que Palma; y si mil veces me preguntáreis, á todas responderé que el Padre Luis de la Palma; porque no hallo otro sujeto ni más espiritual, ni más prudente, ni más celoso, ni más vigilante, ni que más haya bebido el espíritu de san Ignacio, ni más sin pasion, ni que con más acierto gobierne y pueda gobernar, que él.» Y si el P. Rivadeneira, que conocia bien toda la Compañía, por ser entonces el más antiguo de ella, esto decia del P. Luis cuando no tenia más que treinta y siete años de edad y tres de experiencia en el gobierno, ¿qué dijera, si le alcanzara en su edad mayor, despues de larga experiencia así en el gobierno de la Compañía como en el magisterio espiritual de las almas?

De Madrid pasó á ser Rector de Villarejo de Fuentes, que era casa de noviciado, despues de la muerte de Felipe II, acaecida el año de mil quinientos noventa y ocho. No es fácil explicar con palabras lo que trabajó en la formacion de los novicios, los cuales fueron más tarde el lustre de la provincia por los grandes cargos que desempeñaron y por las empresas apostólicas que llevaron á cabo en Europa y en las Indias. El año de mil seiscientos siete

chos achaques tenia en el cuerpo, pero muchas más virtudes en el alma. Pidió con instancia á los Superiores que le dejasen recogerse y prepararse para la muerte, y ellos vinieron en darle este gusto: más por no privarse del todo de su direccion y consejo, le trajeron al Colegio de Madrid, para valerse de su prudencia y experiencia, y tenerle á mano para tomar en consejo en los negocios que se ofreciesen. Aquí estuvo los siete años que le restaron de vida, ocupado en la oracion y lectura de libros santos, y en confesar y hacer pláticas á los de casa y á los de fuera, cuanto su corta salud se lo permitia, y en resolver casos y dar pareceres en todas materias y especialmente en las espirituales, en que era consultado así de las personas más grandes de la córte, como de fuera de ella y de todo el reino, que acudian á él como á un oráculo, estimando sus palabras como si las oyeran de Dios, dictadas por su boca.

Quiso nuestro Señor aumentar su corona é imposibilitarle para el gobierno, como él lo deseaba, y dar á todos ejemplo de paciencia y de conformidad con su divina voluntad: y para esto le dió tal debilidad en los ojos que casi le privó de la vista los cinco años antes de su muerte, en que tuvo mucho que padecer y que ofrecer á Dios, por hallarse imposibilitado de leer, y necesitado de ojos ajenos y de ajenas manos para escribir las obras que tenia comenzadas: lo cual fué para el siervo de Dios materia de grande mortificacion, por el amor que tenia á los libros, y el celo de aprovechar con sus escritos á los prójimos. Llevó el bendito Padre esta mortificacion no sólo con paciencia, sino tambien con alegría, como don enviado de la mano del Señor: ninguno le vió triste por ello ni oyó queja de su boca, sino sólo alabanzas de Dios, porque le regalaba con aquella enfermedad.

Cumplidos los ochenta y un años de edad, le dió un fuerte catarro con un corrimiento á los costados con tanta fuerza, que el primer día fué necesario darle el viático y